

Notas sobre ciudad, educación y cultura

Joan Subirats

Catedrático de Ciencia Política. UAB

Resumen

Notas sobre ciudad, educación y cultura

El artículo recorre los conceptos de ciudad, cultura y educación y sus interrelaciones. La ciudad, en un contexto de cambio de época, con sus transformaciones, se describe como un espacio formativo y de intercambio cultural, de carácter genuinamente urbano, dinámico y vivo, una red de interrelaciones. Es en este marco donde se desarrollan políticas culturales y educativas, necesariamente ligadas a determinados valores que orientan objetivos como son la autonomía personal y colectiva, la igualdad y la diversidad. Valores que en el binomio educación-cultura van ligados también a innovación y creatividad, y que se han convertido en imprescindibles para la transformación social, en términos de equidad y progreso social.

Palabras clave: Educación, cultura, ciudad, políticas públicas

Abstract

Notes on city, education and culture

The article explores the concepts of city, culture, and education as well as their interrelations. The city, in a context of changing times, along with its transformations, is described as a formative space and of cultural exchange, genuinely urban, dynamic, and alive, a network of interrelations. It is in this framework where cultural and educational policies are developed, necessarily linked to certain values that orient objectives such as personal and collective autonomy, equality, and diversity. Values that in the binomial education-culture are also linked to innovation and creativity, and that are essential for social transformation in terms of equity and social progress.

Keywords: Education. Culture, City, Public policies

Cualquier debate sobre cultura y educación requiere situar la reflexión no solo en el momento en que vivimos sino también en el espacio en que esa relación quiere plantearse. Entiendo que hoy forzosamente el escenario ha de ser global, pero que conviene situarlo en algún enclave concreto, y para mi ese enclave es la ciudad. Por otro lado, partimos asimismo de que conviene ir más allá de la coyuntura concreta que marca una específica situación política o los efectos de la profunda crisis económica que atravesamos, para situarse en un marco de cambio de época. En ese escenario de gran transformación histórica provocada por el cambio tecnológico y la globalización, es

necesario replantear muchas de las políticas públicas, tanto reconsiderando los supuestos que explicaron su surgimiento, como los formatos con los que se fueron desplegando.

Como decíamos, necesitamos además repensar las políticas desde algún lugar concreto. El conocimiento debe ser situado, es decir, debe de relacionarse con el espacio en el que se da. Las reflexiones que aquí apuntamos parten de un contexto urbano. La ciudad como espacio de posibilidades y como espacio de conflictos. Hablar de ciudad ha sido siempre sinónimo de hablar de capacidades y de carencias. En la ciudad se enfrentan relatos distintos sobre qué futuro es deseable y desde dónde encarar las posibles salidas. Hace tiempo que se habla de educación y ciudad. Y también de cultura urbana. De educación como algo distinto a enseñanza. De cultura como algo que se relaciona con tradición, memoria, pero también innovación y creatividad. Hablar de educación y cultura en la ciudad, inevitablemente nos lleva a hablar de valores, de política.

Ciudad

Hablemos primero de ciudad. El concepto de ciudad ha tenido y tiene muchas acepciones. Ciudad como lugar en general. Como lugar específico, con particularidades espaciales de centro y periferia, con densidades propias. Ciudad como conjunto de objetos, edificios y espacios. Diferentes ciudades tienen diferentes constelaciones de elementos. Ciudad como espacio específico de prácticas sociales. Ciudad como conjunto de prácticas sociales que se va configurando a lo largo de los años. Ciudad con memoria y memorias de distintas ciudades. No hay un único texto, no hay un único relato (posible) de ciudad.

Pero, la ciudad no es solo “lugar”. Va más allá. La ciudad alberga dinámicas no directamente visibles. La ciudad cobija un gran conjunto de intercambios y flujos. Es por tanto lugar de intermediación y de transferencia. Fluyen ideas, conocimiento, datos, informaciones varias y también intereses. Y no solo eso. En ese espacio se concentran sentimientos y se suceden experiencias. La ciudad como escenario en el que la gente vive, ama, sufre, cuida. Sin olvidar esa otra ciudad que muestra creencias, valores, y que distingue a una ciudad de otra. Lo que es aceptable en una ciudad, no lo es en otra. Lo que a una ciudad le enorgullece, en otra puede ser visto como una anomalía a corregir.

La ciudad debe poder ser leída, interpretada, descrita, mapeada, para poder ser discutida. Y en este sentido la ciudad se adapta bien al símil de la red. Red de profesiones urbanas, arquitectos, diseñadores, artistas, profesores, universitarios, escritores, músicos, estudiantes... Todos ellos son ciudad y dependen de la ciudad. En este sentido, podemos referirnos a la ciudad también como espectáculo y como

receptáculo. Como lugar de grandes acontecimientos o de concentración de edificios significativos. Espacio de artefactos singulares, que expresan las diferentes gentes que en ella están presentes. A pesar de que pueda parecer contradictorio, su misma espectacularidad y densidad de personas y flujos, exige grandes dosis de previsibilidad y fiabilidad. Las cosas han de funcionar ya que de otra manera las ciudades se convierten en espacios inhóspitos, inhabitables.

Hablábamos de memoria y memorias. Por tanto, ciudad también como tiempo. Las ciudades han sido, son y serán. Memoria, presente y futuro. Las ciudades se mueven con ritmos distintos, según atiendan más a una dimensión que a otra. Permiten moverse rápido y despacio. Tienen ciclos y sorpresas. Sitios para contemplar, sitios para cambiar. Las ciudades son historia. Pero sus distintas gentes, sus distintos lugares tienen sus propias historias. Nunca las mismas, nunca predecibles, pero persistentes. En definitiva, como decía Lefebvre (2017), la ciudad es una gran máquina de posibilidades. También de posibilidades formativas, educacionales.

Queremos aquí hablar de ciudad, de educación y de cultura. De política educativa y de política cultural. Desde una perspectiva que busque contribuir a la consecución de una ciudad abierta y socialmente justa, evitando desequilibrios, evitando exclusiones, tratando de incluir y reconocer, de reforzar lo emergente, de evitar dependencias, pero al mismo tiempo, siendo capaces de reconocer las (imprescindibles) interdependencias. Ciudad como espacio educativo, ciudad como recurso educativo, ciudad como espacio cultural, ciudad como gran contenedor de flujos culturales.

Ciudad educadora. Educar en la ciudad

Son bien conocidas las perspectivas de las que partía la idea de ciudad educadora en los ya lejanos años 90 cuando, en su congreso fundacional en Barcelona, señalaba la conveniencia de ir más allá del ámbito de los centros educativos para plantearse el papel formativo de la ciudad como espacio de aprendizaje. "La ciudad será educadora cuando reconozca, ejercite y desarrolle, además de las funciones tradicionales -económica, social, política y de prestación de servicios-, una función educadora, en el sentido que asume una intencionalidad y una responsabilidad con el objetivo de la formación, la promoción y el desarrollo de todos sus habitantes, empezando por los niños y los jóvenes".^[1]

A lo largo de estos años se han ido sucediendo experiencias, más o menos acertadas y fructíferas, que buscaban articular recursos, actores y esfuerzos en esa línea de mayor interrelación entre centros educativos y entorno, entre comunidad educativa y comunidad social. De manera muy frecuente, más que de educación se acababa hablando de enseñanza, y más que de ciudad se acababan concretando acciones en los

entornos más inmediatos, o, por otro lado, se formalizaban esas iniciativas en actuaciones a desplegar aprovechando los recursos culturales que el entorno ofrecía.

Pero, la ciudad es un gran espacio en el que las desigualdades educativas se muestran con toda su crudeza. Todo el mundo entiende el símil de las diferencias en la esperanza de vida entre los barrios de Barcelona cuando se afirma, con datos en la mano, que una persona tomando el metro en la estación de Les Corts y dejando ese transporte seis estaciones más allá, en Dressanes, ha “perdido” seis años de esperanza de vida. No él o ella personalmente, sino que ese corto viaje en transporte público le ha hecho transitar entre dos zonas distantes apenas unos pocos kilómetros, pero mucho más distantes en oportunidades vitales.

Si tomamos los datos disponibles en estos momentos en Barcelona en relación a la proporción de personas con estudios secundarios post-obligatorios, las diferencias son también significativas. Hay barrios de la ciudad con índices cercanos a los que ostenta Helsinki, del 80%, mientras otros no llegan al 40%, siendo el promedio en la ciudad del 53% (datos 2017). Pero, además, están muy acreditados y bien fundamentados los corolarios que de ello se desprenden. En efecto, la frecuentación de actividades culturales, la participación en elecciones y otras actividades políticas, o la misma buena salud personal y comunitaria, se correlaciona altamente con los distintos niveles educativos que encontramos en una ciudad como Barcelona. Y sin duda, con las diferencias que haga falta, lo que decimos es extensible a muchos más espacios urbanos.

Pero, además, si vamos más allá de los espacios educativos formales, las diferencias aumentan de manera significativa. Es evidente que las desigualdades formativas son mayores a medida que aumenta la edad, y es en ese sentido muy importante ver las deficiencias estructurales que ha tenido la formación de adultos en nuestro país y en nuestras ciudades. Y, por otro lado, el acceso y la disponibilidad de espacios para completar formativamente a las distintas personas a través de contenidos no formales o informales, como pueden ser las enseñanzas artísticas, los espacios de ocio educativos, los programas culturales accesibles por proximidad y precio, muestran diferencias más que preocupantes.

No es que no haya un entramado notable de equipamientos culturales y cívicos en una ciudad como Barcelona. Una ciudad que cuenta con escuelas de música, escuelas de oficios artísticos, escuelas de adultos y también de 50 centros cívicos, 40 bibliotecas, 32 “casals” de barrio, 17 ateneos populares y una decena de espacios vinculados a la cultura popular. Lo que falta es una verdadera articulación e interacción entre esos espacios, de manera que se conjugue proximidad, proyectos y estrategia educativa y cultural conjunta.

En el escenario de cambio de época que vivimos, la educación formal ha perdido además buena parte de sus referentes construidos a lo largo de los años. La gran disrupción que plantea el rápido y drástico cambio tecnológico en todas las esferas de la vida, y evidentemente también en la laboral y los requerimientos formativos que las

bien asentadas profesiones exigían, plantean grandes interrogantes sobre el papel que tiene que jugar la educación. Como decía Bauman (2013), con un ejemplo militar, se debe pasar de la construcción de misiles balísticos, que saben bien las coordenadas del enemigo (las competencias profesionales), a la generación de misiles inteligentes, capaces de reprogramarse en vuelo, ya que no saben a ciencia cierta hacia dónde dirigir su potencia destructiva (sus capacidades intelectuales). Lo que está en juego hoy es contribuir a que las personas en formación aumenten su capacidad de adaptación, de creatividad, de innovación, su aceptación del trabajo en grupo, su aprovechamiento de la diversidad que les rodea..., en definitiva, su autonomía personal y funcional y al mismo tiempo la fuerza de los vínculos y las interdependencias del quehacer colectivo y de la información disponible en todo momento.

Es precisamente este conjunto de elementos los que convierten al binomio educación-cultura en absolutamente imprescindible. Las diferencias entre las personas no dependerán solo ni esencialmente de que hayan acabado sus estudios obligatorios y que hayan seguido otros itinerarios formativos (por importante que ello siga siendo), sino que también dependerá del bagaje cultural que hayan ido atesorando en su camino personal y formativo. Es en esa esfera cultural en la que siempre han existido diferencias que marcaban los itinerarios personales, pero que ahora revisten una importancia creciente en el nuevo escenario que plantea el cambio de época.

Podríamos llegar a decir que la fuerza redistributiva que tenía la educación (y que sigue teniendo), que la convirtió en la gran reivindicación de las fuerzas sociales y políticas preocupadas por la igualdad a lo largo de los siglos XIX y XX, hoy debería ser complementada por un énfasis similar en la reivindicación de la cultura como gran capital de mejora de la equidad y del progreso social. La universalización de las oportunidades culturales es pues clave. Y es por eso, por lo que podríamos reivindicar la cultura (en general) como la nueva gran política redistributiva del siglo XXI, pero entendemos que es mejor reforzar el binomio educación y cultura, ya que esto permite dinámicas innovadoras en cada uno de los ámbitos mencionados.

Cultura de ciudad. Ciudad como producto cultural

En ese contexto, ¿de qué hablamos pues cuando nos referimos a cultura y ciudad? Hablamos de cultura de ciudad, pero también de cultura urbana. De ciudad cultural y de política cultural.

Hemos de pensar y reconocer los flujos, las dinámicas de creación-destrucción que están continuamente en marcha en cualquier ciudad. Incorporando el contenido esencial de lo que constituye la experiencia urbana. Ese convivir desde la proximidad con extraños, y al mismo tiempo conciudadanos. Una convivencia mediada por condición

social, por diferencia de género o de origen. Hay diferentes ciudades para distintas gentes. No tenemos porqué confundir la ciudad con la representación que tenemos de ella. Postulamos una ciudad en la que espectador y actor puedan intercambiarse constantemente. Ciudad como producto cultural. Entendiendo cultura como un proceso en el que se expresan, se forman y se intercambian ideas. Ideas que surgen desde el arte (en todas sus expresiones), la arquitectura, del cine o la moda. Ciudad como producto cultural y como lugar en que buena parte de la actividad cultural se despliega. El carácter urbano de esa producción e intercambio cultural es relevante para poder pensar en términos de cultura y ciudad. La cotidianeidad, las distintas formas de usar, incorporar, vivir o tomar la ciudad, acaban generando culturas urbanas distintas y específicas.

Lo que cada ciudad “es” en cada momento histórico no es para nada “natural”. Ha ido cambiando y ha ido sirviendo a distintos intereses. El cómo se percibe y se vive la ciudad está mediado siempre por los valores culturales de cada quién y por sus lealtades (de clase, de ideología, de barrio...). Un nuevo barrio, lleno de edificios arquitectónicamente significativos puede ser visto como un barrio que expresa modernidad y futuro, o como una forma de romper con los equilibrios urbanos pre-existentes. Los barrios periféricos pueden ser vistos como expresión de un cierto desorden social o como muestra de fuerza comunitaria. La diversidad caracteriza a la ciudad. Apropiaciones y resistencias se leen en las paredes, en okupaciones, en expresiones de resistencia. Muestran sub-culturas que rompen con la idea de progreso indiscutible que predominaba en la visión de los arquitectos de la ciudad moderna. Unos arquitectos que ejercían su visión desde la jerarquía que les confería una racionalidad profesional y técnica que parecía indiscutible, aparentemente inmunes a los procesos sociales de apropiación e implicación

Si queremos relacionar mejor educación y cultura en la ciudad, no podemos considerar al espacio “ciudad” como una variable poco importante. Cada ciudad (cada espacio urbano) expresará esa relación de manera distinta, ya que distinta será su trayectoria histórica, su modo específico de entender y de expresar “sus” culturas. Se trata pues de ver la ciudad como un espacio en el que conviven distintas visiones, y esa fragmentación es al mismo tiempo su fuerza y su debilidad. En este sentido la ciudad resume al mundo contemporáneo y a todas sus distintas visiones.

No hay una única “cultura” con la que relacionar “la educación”. Ya que, como sabemos, también los espacios formativos, la pluralidad de edades y sujetos, la diversidad de momentos y situaciones en que aprendemos, son eminentemente plurales. El reto es evitar encuadrar y formalizar excesivamente esas interrelaciones y, al mismo tiempo, evitar dejarlas al azar o la casualidad.

Ciudades y política cultural

Más allá del debate sobre la necesidad o no de que exista una política cultural, es decir una voluntad de intervención institucional en relación a la creación y al acceso a las distintas formas y expresiones culturales, lo cierto es que no es posible imaginar la ciudad (con todas las características y matices ya mencionados) sin cultura (entendida asimismo en sus más diversas acepciones). Y, en este sentido, un gobierno local que quiera defender una idea de ciudad, que quiera proyectar en sus espacios y dinámicas de intervención un conjunto de valores e ideas, no puede dejar de tener una política cultural. Es decir, un programa de acción que, al margen de salvaguardar el patrimonio y de cuidar de lo que denominaríamos “alta cultura ilustrada”, trate de establecer prioridades, ayude a poner en práctica valores considerados esenciales, redistribuya costes y beneficios, mejore dinámicas de acceso o reconozca sujetos y colectivos desde sus distintas prácticas. En este sentido, podemos ver cómo han ido evolucionando el sentido de las políticas culturales urbanas en los últimos tiempos.

En pleno proceso de desindustrialización, las ciudades cuyo esplendor estuvo precisamente vinculado a la sociedad industrial, buscaron en el “giro cultural” los argumentos que permitieran recuperar capacidad competitiva y reconvertir los espacios en desuso. La así llamada “ciudad emprendedora” buscó distintas estrategias para conseguir que las ciudades mantuvieran su capacidad de atracción de capital y de competitividad global. Ello exigía un cierto grado de autonomía y los ejemplos de Hong Kong o Singapur (con sus estatutos de ciudad-estado) eran a menudo usados como ejemplos de lo que se quería mostrar. En la medida que el cambio tecnológico en el sistema productivo (combinado con la *financiarización* económica) hacía menos necesario disponer de grandes superficies o atraer grandes contingentes de población, el reto era conseguir un alto nivel de excelencia tecnológica y un capital humano altamente capacitado y creativo. Por un lado, era cierto que el mundo se iba haciendo más “plano” (más igual en todas partes), pero al mismo tiempo resultaba que se hacía también más “puntiagudo” (Hall, 1998), y las ciudades constituían en muchos casos la ejemplificación de esos “picos” que competían entre sí.

En este escenario las políticas culturales de las ciudades han sido usadas (y manipuladas de manera deliberada) para promover el potencial económico de cada ciudad, evitando así que el único argumento a usar para atraer inversores fuera el “tengo espacio disponible”. La combinación de “ciudad global” y de “ciudad con fuerte identidad local” ha ido sirviendo para construir la idea de “destino”. Un “destino” capaz de ofrecer todas las ventajas de un espacio conectado y bien preparado para acoger cualquier tipo de empresa y, al mismo tiempo, un lugar con características específicas, con idiosincrasia propia. Cultura, comercio, formación, empresa...son distintos

componentes que han ido mezclándose para tratar de seducir, para tratar de aminorar barreras.

La política cultural de las ciudades ha buscado asimismo potenciar las agregaciones o clústeres de creadores e iniciativas culturales, facilitando dinámicas de articulación que permitieran reforzar y conectar distintos sectores culturales que iban funcionando en paralelo. En otros casos se ha buscado la construcción de nuevos edificios o infraestructuras que sirvieran de iconos urbanos, y que logran atraer atención y permitieran modificar trayectorias urbanas consideradas ya obsoletas. Estas y otras estrategias (como la marcada por el deporte o por la presencia de un tejido académico relevante) se han ido usando para presentar distintas ciudades como espacios globales, culturalmente relevantes.

La fuerte y pujante industria del turismo es asimismo importante en este “giro cultural” que estamos comentando, al tratar de mostrar a las ciudades como espacios “únicos” a visitar, utilizando para ello el pósito cultural que mejor se adapte a lo que se quiere proyectar. La imagen que acaba emergiendo tiende a influir en la dinámica urbana, generando el ya conocido proceso de “*parquetematización*”, en el que se prioriza la muestra de lo “auténtico”, pero domesticado al gusto y expectativas del visitante.

Así, diversas ciudades en todo el mundo han ido construyendo su propio perfil y marca, usando distintos instrumentos, buceando en su historia, en sus componentes y tratando de complementar o reconfigurar lo que ya tenían, para mejorar atractivo e imagen. Y en todas esas estrategias la cultura ha aparecido más como un activo económico que como un elemento que de manera prioritaria permitiera mejorar la capacidad de acción de los individuos y colectivos, su inclusión plena en la vida urbana y su calidad de vida

Este conjunto de tendencias, en su versión más simplificadora, tiende a convertir a la ciudad más en algo con que comerciar que en un espacio con sus propias necesidades, y a la cultura como un instrumento al servicio de ese objetivo. No en todas partes se han hecho procesos igualmente homogeneizadores, y es importante ver hasta qué punto la política cultural de una ciudad puede tener significación propia, incorporando una auténtica conceptualización de la misma, a partir de unos valores a los que servir y con un despliegue sustantivo complejo y plural. Lo que está en juego es evitar la mera subordinación de la estrategia cultural de una ciudad a finalidades que la acaban despojando de sus atributos propios y, de esta manera, limitando sus efectos transformadores. Sobre todo si entendemos que la cultura tiene un potencial equitativo básico y no es sólo un añadido más en la construcción de la autonomía individual y colectiva.

No se trata de menospreciar el peso que la cultura tiene hoy día en las dinámicas de desarrollo de cada ciudad, ni tampoco olvidar su capacidad de alterar tanto los espacios urbanos como las dinámicas sociales. Pero, al mismo tiempo, entender que ello

no debe impedir pensar en términos más integrales y democráticos su configuración y sus objetivos. Incorporando la riqueza de las distintas versiones de cultura que coexisten en las metrópolis y que deben ser reconocidas. Sin olvidar las culturas de la cotidianidad, surgidas de las distintas comunidades que conviven en la ciudad. Hay distintas culturas, como hay distintas “ciudades” en la misma ciudad.

Una política cultural

Una política cultural en una gran ciudad no puede hoy desprenderse de un conjunto de valores que orienten sus objetivos y que nutran sus prácticas. En este sentido es preciso politizar la política cultural. Es decir, aceptar que dependiendo de las opciones que tome estará beneficiando a unos y perjudicando a otros. No hay opción política que pueda quedar al margen de una distribución desigual de costes y beneficios. Desde este punto de vista, cualquier política cultural deberá plantear a que valores quiere servir, que horizonte normativo quiere alcanzar. No se trata por tanto de optar entre distintas estrategias aparentemente neutrales o rodeadas de aureolas técnicas impecables. ¿Queremos una política cultural que potencie la capacidad de agencia de sus habitantes, su autonomía personal y colectiva? ¿Entendemos que una política cultural no puede quedar al margen de las dinámicas de desigualdad que siguen creciendo en muchas ciudades y que por tanto deberá cuidar los problemas de acceso y la necesaria redistribución de recursos y capacidades educativas y culturales? ¿Podemos imaginar una política cultural que no se plantee hoy, en plena explosión de la diversidad, acciones y estrategias que no partan del necesario reconocimiento de la heterogeneidad en todas sus vertientes y dimensiones?

Si respondemos positivamente a estas cuestiones, entenderemos que autonomía, igualdad y diversidad son, desde este punto de vista, valores conceptuales que deberán estar presentes en una política cultural que quiera contribuir a los procesos de transformación social necesarios en pleno cambio de época (“valores intrínsecos” que informan “valores institucionales” y que ponen límites a lo que algunos piensan que son “valores instrumentales”). Muchos de los elementos que configuraron la sociedad industrial y que contribuyeron a la configuración de las políticas públicas en la segunda mitad del siglo XX están hoy irremediabilmente en crisis. La propia idea de trabajo, la estructuración familiar, los formatos de agregación social, los ciclos vitales relacionados con las distintas edades, la generación de conocimiento y las estructuras tradicionales de intermediación, son todos ellos elementos que están hoy en cuestión. Y parece claro que el debate cultural, en el sentido de construcción de sentido y de visión, es más necesario que nunca. Un debate cultural que busque tomar partido. Es decir, que no evite los

dilemas que genera una distribución inequitativa de recursos en los canales de acceso a las distintas expresiones de cultura.

En este sentido, convendría superar una visión de la cultura que se limitara a destacar aquellas visiones más estrictamente instrumentales. Es decir, concepciones que sitúan a las distintas expresiones culturales como esencialmente vinculadas a las dinámicas de desarrollo económico, o a las promociones de ciudad (*branding*, imagen de ciudad). En otro sentido, incluiríamos en esta visión muy instrumental o funcional de cultura aquellas operaciones conectadas a dinámicas de reconversión urbana, en la que se vinculan las iniciativas culturales (museos, centros arte, teatros opera, festivales...) a operaciones urbanísticas de largo alcance. Todo ello no implica que pretendamos desconocer el valor que tiene y la significación cultural que pueda contenerse en operaciones de este tipo, pero nos gustaría imaginar que es posible evitar lógicas estrictamente utilitarias que, muchas veces, acaban perjudicando la entidad y continuidad de lo que (culturalmente) se pretendía llevar a cabo. De ahí a hablar de derechos culturales solo hay un paso. Un paso que nos conviene dar para ir más allá de conceptos como “consumo cultural”.

Deberemos, por tanto, hablar de cultura y de ciudad, situando esa relación en un tiempo y en un lugar determinado. Una cultura “situada” implica relacionar las acciones culturales que ya se llevan a cabo o las que se quiera emprender con los problemas y expectativas concretas que allí y entonces están aconteciendo. Sabiendo que pensar en dinámicas culturales en un contexto determinado implica ser consciente de los efectos que ello genera y puede seguir generando precisamente en la transformación de ese contexto.

Educación y cultura

Necesitamos, por tanto, una política cultural que parta de unos valores específicos. Una política que se plantee relacionar esos valores con el abanico de acciones culturales presentes en la ciudad y con el conjunto de actores y entidades que emprenden, ponen en práctica y gestionan esas acciones. Y en un lugar absolutamente primordial de ese universo de relaciones necesarias debe estar la educación en todas sus distintas facetas.

Las ciudades viven intensamente los problemas derivados de la precariedad laboral, la crisis de legitimidad y de confianza hacia las instituciones democráticas, los debates sobre identidad y colonización, las tendencias xenófobas que recorren buena parte del mundo, los efectos del cambio tecnológico que pone en entredicho muchos espacios, entidades y trabajos que antes resultaban necesarios y que ya no lo son tanto. Los lenguajes, las gramáticas que servían en el siglo XX para afrontar muchos de esos dilemas, hoy parecen obsoletos e inservibles. Y las ciudades vuelven a ser espacios en

que la intensidad de esos problemas incentiva respuestas creativas e innovadoras. Si hablamos de política cultural y de política educativa, es imposible no hacer referencia a ese escenario. Más bien lo que hay que hacer es reconocer que forman parte de ello.

Mencionábamos antes autonomía personal, igualdad y diversidad como tres parámetros normativos claros sobre los que construir una política cultural en cualquier ciudad. Y esos mismos valores nos sirven para referirnos al marco normativo en el que inscribir la renovación del sistema de enseñanza y del mundo educativo en su conjunto.

No podemos desconectar educación de cultura o de trabajo cuando todos sabemos que la dimensión cultural resulta hoy clave para poder afrontar, como mencionábamos antes, los interrogantes sobre procesos productivos, sobre nuevas ocupaciones laborales, en las que predominan necesidades vinculadas a creatividad, innovación, adaptabilidad, aceptación de la diversidad, emprendeduría, etc.

Estamos en un periodo de interregno, de transición entre dos épocas, y el debate cultural y educativo de cualquier ciudad no puede escapar de ello. La política cultural y educativa de los gobiernos locales ha de tratar de incidir positivamente en ese escenario, favoreciendo la conversión y adaptación de las instituciones culturales y educativas ya existentes, ayudando a la consolidación de las experiencias que de manera más integral se sitúen en esa transición, abriendo espacios, generando conexiones, experimentando con otros sectores, hibridando prácticas y artes. Favoreciendo el surgimiento de nuevos espacios que construyan prototipos, experimenten nuevos lenguajes y construyan nuevas prácticas. Entre artistas, educadores, diseñadores, activistas o espacios comunitarios.

Cada vez resulta más claro que el cambio de época no permite mantener políticas simplemente continuistas ni tampoco rutinas procedimentales que pueden parecer seguras pero que cada vez resultaran más obsoletas. No se trata de modular las respuestas de siempre para adaptarlas a una situación coyuntural de crisis. En muchos casos hay que repensar las preguntas. ¿Sigue teniendo sentido considerar las enseñanzas artísticas como algo periférico al sistema educativo? ¿Qué papel juegan las bibliotecas en el escenario digital? ¿La división entre especialidades y sectores creativos y educativos sigue siendo descriptiva de una realidad formativa cada vez más híbrida? ¿Cómo se articula la colaboración institucional, social y comunitaria? ¿No deberíamos superar la concepción que equipara lo institucional con lo público? Estas y muchas otras preguntas sobre están hoy presentes en cualquier ciudad y en cualquier política cultural y educativa que pretenda sintonizar con los dilemas que plantea el cambio de época en el que estamos inmersos.

Las ciudades son espacios por excelencia de controversias y desórdenes, pero precisamente esa densidad conflictiva es la base de su densidad creativa y de su gran potencial formativo. La educación y la cultura son componentes esenciales de la esfera pública. Son y deben ser espacio público. La capacidad de aprovechar la proximidad para intensificar la capacidad creativa de experiencias educativas, de ideas y creaciones

artísticas, cuyo valor está en la colaboración y la conexión más que en la segmentación, la competencia o la rivalidad.

Nuestras ciudades dependen mucho de la intensidad de su vida cultural y creativa, desde las distintas gramáticas en que ello se expresa, para mantener su capacidad de adaptación y de lugar en que disponer de condiciones de vida dignas. Y para que ello se dé, necesitamos conectar mejor educación en su sentido amplio, enseñanza en su sentido estricto, con todas las expresiones artísticas y culturales, en toda su diversidad, para que de esa conexión salgan iniciativas, espacios de vida y creación individual y comunitaria. En el fondo, de lo que hablamos es de mantener la pulsión democrática de una ciudad, de cualquier ciudad.

Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2013) *Sobre la educación en un mudo líquido*. Barcelona: Paidós

Hall, P. (1998) *Cities in Civilization*. Londres: Weidenfeld and Nicholson

Lefebvre, H. (2017) *El derecho a la ciudad*. Madrid: Capitán Swing

Notas

[1] Declaración Ciudad Educadora, Barcelona, 1990.

Correspondencia con el autor: Joan Subirats. Catedràtic Ciència Política UAB. E-mail: joan.subirats@uab.cat